

## LECCIÓN SEGUNDA

### IMPRONTA DE SU ORACIÓN: EL ORANTE

#### ***1. De la conducta externa a la intimidad del alma***

Si en su conducta externa se exteriorizó esa asombrosa autoridad, también y al mismo tiempo se mostró el “alma” de la autoridad singular. El pasaje de Lucas que relata la elección de los apóstoles (6,12), comienza con la noche de oración y termina recordando la fuerza curativa que salía de su persona, con solo tocarle. La oración de Jesús impresionó tanto a sus seguidores que es el fondo de la impronta de su rostro. ¿Se puede entender esa vida soslayando su condición de orante en permanente oración? ¿Se puede explicar su actuación y su camino singular a la muerte sin este elemento? La respuesta es un no absoluto. Oí, no hace excesivo tiempo que alguien había estudiado la poesía de San Juan de la Cruz sin aludir a su condición religiosa y a su pasión por Jesucristo. Me admiró mucho esta ignorancia, pues el santo aludido no fue un literato por vocación que aludió al tema religioso entre otros; fue un místico, un enamorado de Jesucristo y de ahí brotó su poesía. Los calificativos que se apliquen a Jesús han de pasar necesariamente por su conversación permanente con quien él llamaba su Abba, su Padre. Su huella en los discípulos es inseparable de esa oración permanente que ellos atestiguan.

Por lo tanto, nos preguntamos justificadamente: ¿de qué motivaciones, de qué conciencia íntima se deriva esa autoridad? Alguien podría pensar en un origen patológico, una especie de paranoia, o sea, en una falsificación inculpable de la realidad exterior por un fuerte desequilibrio interno. ¿Hay alguna pista histórica, digna de ser examinada, que nos ponga en contacto con la interioridad íntima que subyace a la conducta que estudiamos y que la explique adecuadamente? La autoridad es el aura visible de su conducta: ¿cuál es su reverso interior?

#### ***2. Una palabra singular: Abbá***

Empezamos por esta palabra. Que fue un término muy característico del Jesús histórico lo demostró hace bastantes años Joaquín Jeremías, un gran conocedor de los idiomas del Nuevo Testamento; y, a pesar de importantes matizaciones posteriores, lo esencial de su tesis sigue siendo válido. Se expresaba

perfectamente en el título de su libro: *“Abbá, el mensaje central del Nuevo Testamento”*. Más que mensaje del N.T. habría que decir *“la palabra que expresaba el alma de Jesús”*. Efectivamente, es el término con que Jesús habitualmente se dirigía a Dios. Un término que el niño judío usaba para llamar a su padre durante la ternura permitida a la infancia; luego, más tarde, ese término resultaba menos adecuado y se solía usar otro más respetuoso, “Abinú”, “Señor padre”. Con el término “abinú” o “avinú” comienzan hoy también muchas plegarias judías invocando a Dios como padre. Jesús, sin embargo, se dirige habitualmente a la majestad de Dios, a Yavé, a la Gloria (Shekiná) que habita en el Templo, con esa palabra, “abbá”, llena de ternura, confianza, cercanía. Y, sobre todo, no lo hace excepcionalmente, como a veces ocurría en algunos piadosos. Aunque el uso del término no hubiera sido tan exclusivo de Jesús, hasta tal punto fue su palabra-clave que cuando pasó el tiempo y sus títulos (Kyrios, Cristo...) se fueron gastando, quedó como **nombre propio** de su persona: El Hijo. Ese es el centro de la impronta, de la huella. Como si no hubiera otro hijo en el mundo, como si hijo dejara de ser término de parentesco para convertirse en nombre propio. ¿Quién pondría a su hijo como nombre propio “Hijo”? *Abbá*, con la insistencia y tonalidad con que la usa, es la palabra que expresa el alma de Jesús, su primer y único amor, su percepción de la vida y de la historia, la base de su proyecto... ¡todo! Por eso terminará definiendo su identidad de Hijo.

El evangelista Marcos es ya testigo de esta identificación. Su evangelio empieza presentando a Jesús como Hijo de Dios (*Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios*, 1,1) y culmina en la cruz con la misma confesión realizada por el pagano (*«Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios»* 15,39). Así empieza y así termina el Evangelio de Jesús en la versión de este evangelista, base de los otros dos sinópticos.

### ***3. Una relación singularísima***

La palabra “Abbá” expresa el nombre de Dios, pero no como algo o como alguien inasequible: *expresa una relación personal de máxima intimidad e intensidad*. Quien a Dios llama “padre” con esta ternura y confianza, se está llamando a sí mismo “hijo” con la misma intensidad. Ya hemos visto que así acabaron llamándole, El Hijo. Ahora no aseguramos que este término (El Hijo) fuera usado en vida de Jesús, ni que él mismo se nombrara así; decimos, simplemente, que su modo de tratar a Dios fue el origen del término con que, finalmente, la comunidad cristiana le reconoció.

¿Dónde adquiere el uso de esa palabra su máxima intensidad? Sin duda en la oración. La oración de Jesús es un diálogo íntimo con ese a quien él llama con tono de exclusiva intimidad, "padre". Llamar a Jesús "Hijo" es la correspondencia más estricta con el centro de su vida histórica. Todos los evangelios testimonian unánimemente que las palabras y las acciones de Jesús surgían de su intimísimo conversar con el Padre, a quien él se dirigía luego de la labor diaria para rezar a solas (por ejemplo, Mc 1,35; 6,46; 14,35-39). El término "Padre", tal como Jesús lo utiliza, es el apelativo propio de una oración singularísima, personalísima, que enseña y comparte con sus seguidores (Padrenuestro) pero dejando clara la diferencia ("mi Padre y vuestro Padre"). Quién es Jesús realmente —lo ha escrito en numerosas ocasiones J. Ratzinger—, solo puede captarse si se contempla a Jesús orando. Ahí le reconoció Pedro, ahí se sintieron llamados los apóstoles, ahí le adoraron en la transfiguración (Mc 8).

#### ***4. El Orante***

Efectivamente, en Lucas sobre todo, Jesús es presentado como el orante por excelencia. Pero, ¿orante en qué sentido? No es un hombre recluso en la liturgia ni encerrado en el desierto; rezar no es para él una profesión, o un método, o una obligación religiosa; es la forma íntima de su existencia, es el reflejo de su identidad personal; rezar para él es pronunciar su Compañía. Ama al Templo y ha rezado en el desierto, pero él ora en su camino apostólico; su jornada está envuelta en la oración. En la misma presentación inicial que Marcos hace del Señor, en eso que llaman "la jornada pastoral de Jesús" (Mc 1,14-39), el evangelista le presenta como el orante del salmo 62 (*¡Oh Dios, tu eres mi Dios por ti madrugada...*). En la alborada, entre dos luces, cuando la creación despierta y es recreada, el Hombre que se levanta de ese sueño que anticipa la muerte, ora para recibir de Dios la vida y la misión un día más; cuando vayan a buscarle para cubrir la demanda de Cafarnaúm, él se mostrará libre y universal; no pertenece a ningún pueblo porque está en Dios, es de Dios; y, por tanto, de todos.

En sus raíces humanas están los *asideos* o piadosos de Israel, aquellos orantes cuyo mejor ejemplo es María; los *asideos* o *anawin* que resistieron la burla de sus conciudadanos y la persecución de la cultura helenista sin ser arrastrados muchos de ellos a la violencia de los Macabeos o, luego, de los zelotes. Si la oración, con ese rasgo personalísimo, es la revelación del quién de Jesús, es lógico lo que afirma tantas veces el Benedicto XVI: para conocer a Jesús hay

que sorprenderle en su oración, en su intimidad con ese al que él mismo llama Abbá. ¿Se puede conocer a un banquero como banquero sin comprender su pasión del dinero, sin verle actuar en los mercados? Los errores acerca de la persona de Jesús arrancan de no caer en la cuenta de esto: fue un **hombre teologal**, vuelto a Dios, metido en su intimidad, viendo el mundo y el hombre “*sub specie aeternitatis*”. Cuando el cuarto evangelista (Jn 1,1) define al Logos como “vuelto a” o “frente a Dios” (cara a cara) estará, en esa expansión de las ondas concéntricas, trasladando a la eternidad la experiencia más honda del Discípulo acerca de la vida diaria de Jesús. Entiende Juan que su ser o naturaleza es, sin más, su relación con Dios en la misma eternidad; en la historia que él ha compartido con el Amigo, esto se traduce en una oración constitutiva, radical, permanente, pura.

## **5. Oración y autoridad**

Ahora estamos en condiciones de entender mejor la naturaleza de la autoridad de Jesús. Tiene su raíz en quien es la compañía íntima de su vida, en la oración personal de la cual es el reflejo normal. Habla en nombre de quien le envía y habla con una seguridad y certeza absolutas: *Amen, Amen dico vobis* (Mt 25,40-46; 18,1-5; 19,28; 10,23; Jn 1,47; 13,1.16; 5,20; 8,51). Es Dios quien habla desde él porque él vive en Dios y de Dios. En un estadio literario más tardío escribe Juan: “*A Dios nadie le ha visto jamás. El Hijo único que está en el seno del Padre, él lo ha contado*” (Jn 1, 18); es la onda expansiva de esa oración contemplada como única. La autoridad de Jesús no está basada en lo que se suele basar socialmente, en eso que hace a un hombre “superior” a los demás: una sabiduría especial, una calidad moral, una entrega mayor, una capacidad de liderazgo, etc. Tampoco en un proyecto especialmente atractivo y luminoso. No; no es nada de eso aunque lo incluya. Se trata de la misión, de una misión personal y continuada, que recibe y actualiza en la oración permanente. Recordemos un detalle importante: Jesús reside en aquella alquería que era Nazaret durante más de treinta años, oculto y anónimo, hasta el momento en que recibe la misión en el Jordán; esto hace pensar que, de no haber hablado el Padre, testimoniado el Profeta, ungido el Espíritu, Jesús habría vuelto a su aldea y habría muerto en ella entregado al Padre. ***Su autoridad es la exteriorización de esa relación expresada en la oración.*** De ahí, la adhesión incondicional de algunos y la resistencia o rechazo de otros. Este es el Jesús histórico, el verdadero Jesús de Nazaret que la crítica no puede destruir; al menos, este es el eco y el impacto que provocó su vida.

## ***6. Hombre teologal en el corazón secular del mundo***

Esta aparente paradoja —máxima autoridad personal sin poder alguno de coacción— define la compleja y riquísima unidad interior de Jesús, el Hijo. De entre numerosos pasajes, recordamos una secuencia que tiene muchas probabilidades de pertenecer a la misma historia del Señor, aunque quizá se hayan agrupado como recapitulación de muchos debates dispersos; son diálogos breves, cortantes, con un mínimo de glosa o comentario catequético. Me refiero a los debates que sostiene con los grupos judíos durante los últimos días de su ministerio en la explanada del Templo (Mc 12,13-37). Hacer cuestión de los herodianos o de los saduceos tras la destrucción del Templo, no tendría sentido si no fuera el recuerdo de sucesos reales de la vida de Jesús. Por otro lado, es lógica esa confrontación final a varias bandas; más aún si Jesús se consideraba el Mesías y aspiraba a ser reconocido como tal: hasta desde nuestro punto de vista actual se comprende la confrontación de un candidato con los distintos grupos de presión que han de aceptarle o rechazarle. Nos volveremos a encontrar con estos debates más adelante, en la perspectiva de caracterizar a Jesús como judío. Pues bien, lo más importante de estas conversaciones, en lo que ahora examinamos, es que Jesús siempre se sitúa más allá del interés “político” o “mundano”, se sitúa en Dios y desde él mira con cariño al mundo de los hombres. Sus respuestas no indican una especial astucia o habilidad dialéctica como a veces se interpreta, sino la mirada desde Dios: más allá de los pactos o rebeldías respecto al Imperio, a Dios hay que adorarle en exclusiva. Pero esta visión desde Dios permite cumplir en conciencia las obligaciones de ciudadanos libres; sacralizar las realidades naturales o humanas es no comprender al Dios viviente y dador de la vida, sino intentar utilizar a Dios para asegurar el bienestar temporal de una vida abocada a la muerte.

La respuesta es dirigida en esta ocasión herodianos y fariseos, pero es la de siempre, sea con relación a la resurrección, sea respecto al tributo, sea frente a los alimentos o a las herencias: *A Dios lo que es de Dios... dejad las tradiciones humanas*. Esta devolución de todo a Dios, permite, sorprendentemente, dar al Cesar lo que le corresponde, pero sólo lo que le corresponde. Los nacionalistas radicales y los colaboracionistas, siendo enemigos irreconciliables, comulgaban en el mismo error: hacer del Cesar y de los césares una cuestión religiosa (positiva o negativa). Una vez enfocado todo desde la deuda de amor con Dios,

se recuperan los deberes ciudadanos para el bien común y se puede dar al Cesar lo que le corresponde. De nuevo: Dios con el hombre, eternidad con el siglo.

Y esto es confirmado en su predicación a lo largo de la misión: pobreza confiada en el Padre y, al tiempo, no repugnancia a participar en banquetes sociales, cosa incomprensible para el Bautista porque no logra unir los dos cabos. Recuérdense a este respecto dos pasajes que muestran este amor a Dios y respeto al hombre: en el del joven rico se condena la riqueza sin más; pero a continuación, cuando le preguntan por la salvación de los ricos, no la niega sino que afirma que, a pesar de todo, el rico puede encontrar misericordia en Dios. O el caso de la mujer que le unge en Betania con perfume carísimo, rechazada por los discípulos pero justificada por él a pesar de su amor a la pobreza y a los pobres. Lo mismo podemos decir con su llamada fuerte y personal al celibato por el Reino, simultánea con un profundo respeto al matrimonio y con una tajante defensa del vínculo que produce entre los cónyuges. La palabra y la actitud de Jesús une los fragmentos de la vida, rota por el pecado, y los une porque se sitúa en el *cantus firmus* de la sinfonía de la vida: Dios.

En una palabra: hombre teologal de verdad, no huido del mundo para fabricar un *hiperuranio* ni sacralizador del mundo para dominarlo. Por ser teologal de verdad, también humano y secular de verdad. Por eso el cristianismo no se configuró como un monacato a modo del budismo ni como una teocracia al modo musulmán. Solamente en la recepción de su vida real tiene explicación esta originalidad del fenómeno cristiano.